6-30-2018

Juan José Arreola, “corazón irreductible de pueblerino”

Sara Poot Herrera

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.usf.edu/surcosur>

Recommended Citation

Poot Herrera, Sara. 2018. Juan José Arreola, “corazón irreductible de pueblerino”. *Revista Surco Sur*, Vol. 8: Iss. 11, 38-42.

DOI: <http://dx.doi.org/10.5038/2157-5231.8.11.12>

Available at: <https://digitalcommons.usf.edu/surcosur/vol8/iss11/14>

This HONRAR, HONRA is brought to you for free and open access by the Open Access Journals at Digital Commons @ University of South Florida. It has been accepted for inclusion in Revista Surco Sur by an authorized editor of Digital Commons @ University of South Florida. For more information, please contact digitalcommons@usf.edu.

Sara Poot Herrera

Juan José Arreola, "corazón irreducible de pueblo rino"

Los pueblos de Jalisco [...] Dan la impresión de haber estado desprovistos de habitantes durante siglos.

JUAN JOSÉ ARREOLA

El homenaje a Zapotlán el Grande, pueblo jalisciense que Juan José Arreola inmortalizó en su novela de 1963, quedó sellado en "Perspectiva de Zapotlán (Meditación en Ameca)", título que atrajo la mirada de los lectores de *El Occidental de Guadalajara*, Jalisco. Eso fue el domingo 5 de agosto de 1945 ¹ cuando en la nota literaria de este periódico se leyó lo que desde un pueblo vecino —Ameca— su autor pensaba y decía de su lugar de nacimiento:

Zapotlán tiene humor aventajado y regañón. Sólo una vez al año se despereza y se pone de gala, para entregarse a los festivales de octubre. Él, huraño por excelencia, abre los brazos y alberga visitantes por millares, que transforman su vida por completo. Los "enrosos" detonantes adornan la fachada enorme de la parroquia con cempazúchiles y santamarías. El novenario a su patrono, señor San José, es una de las fiestas más famosas de Jalisco, tal vez la más llena de brillo y de sabor popular, porque Zapotlán guarda, como en un cofre cerrado y aromático, las viejas galas de la tradición. Cada año salen de allí y embriagan el ambiente de sus noches privilegiadas de estrellas y de aromas (31).²

Zapotlán, personificado; adormecido y "algo gruñón" durante el año, y despierto y adornado en las fiestas dedicadas a San José, en sus octubres recibe a los foráneos y despliega el alma infinita de su tradición. Del corazón de Arreola salió también este "billete amoroso" aquí citado, loa diurna y nocturna a Zapotlán, y paso a paso fue convirtiéndose a lo largo de los años en *La feria* (1963), publicada en fragmentos atravesados de historia y de crónica, de mitos y relatos, de biografías, entrevistas, cartas y diarios, de apuntes, adivinanzas y canciones, de la cultura de un pueblo católico y mestizo, de su tejido de estratos sociales; de su vida de cada día, de sus paréntesis festivos, del también buen humor del pueblo, y de sus avatares e infortunios.

La vida de Zapotlán —pueblo de antes, pueblo antiguo— se asienta sobre su colectividad, y ésta va desde su fundación ancestral, y alude y cruza episodios históricos que, mezclados y en vaivenes temporales y espaciales formalmente distribuidos en los fragmentos de *La feria*, perviven en la actualidad desde la que se escribe esta novela:

Lo cierto es que la tierra ya no es de nosotros y allá cada y cuando nos acordamos. Sacamos los papeles antiguos y seguimos dale y dale: “Señor Oidor, Señor Gobernador del Estado, Señor Obispo, Señor Capitán General, Señor Virrey de la Nueva España, Señor Presidente de la República... Soy Juan Tepano, el más viejo de los tlayacanes, para servir a usted: nos lo quitaron todo...”³

Cada episodio tiene su propia especificidad —sus propias voces en contrapunto, sus visiones y perspectivas— y sobresale (marcada desde un principio) la condición de los “naturales del lugar”, desposeídos “sempiternamente” de sus tierras, a partir de la conquista material a pesar de haber sido protegidos por “la otra conquista”, la espiritual. Si la comunidad desposeída está puesta en claro desde que empieza la novela —preocupación ética en su autoría—, al recoger la voz y lucha de Juan Tepano, también lo está su religiosidad: “Desde que Juan de Padilla vino a enseñarnos el catecismo”. El fraile franciscano concilió las creencias originarias con las católicas que trasatlánticas llegaron de España, cruzaron tierras novohispanas y llegaron (también) al Occidente de México.

Al catequizarlos, les respetó su gusto por la danza y la música, y —dice Juan Tepano— Juan Padilla llamó a Juan Montes, quien les enseñó la música. Estamos ya en Zapotlán, pueblo religioso y con hijos sonajeros, danzantes al son de la chirimía. Juan Tepano, Juan Padilla, Juan Montes, Juan José Arreola, cuarteto de Juanería que abre el portal zapotlanense con “cempazúchiles y santamarías”. Pueblo (real) de científicos y artistas, de hombres y mujeres de la historia, la cultura y el arte mexicanos: grandes ejemplos, José María Arreola (1870-1951), José Clemente Orozco (1883-1949), Alfredo Velasco Cisneros (1890-1967), Guillermo Jiménez (1891-1967), Guadalupe Marín (1895-1983), Consuelito Velázquez (1916-2005), Juan José Arreola (1918-2018).

En 1942, Pablo Neruda (1904-1973) visitó el sur de Jalisco, lo que Juan José Arreola cuenta en varias ocasiones; una de ellas en “Pablo Neruda en Zapotlán”. Arreola habla del soneto del poeta chileno a “César Martino en Zapotlán el Grande” y narra ampliamente su visita a Zapotlán:

Invitamos a Neruda a dar una vuelta por el jardín central, caminamos un poco por los portales y entramos a la parroquia, le platicamos sobre los temblores de tierra, que son tan fuertes por acá. En abril del año pasado fue el último, y las torres de los campanarios tuvieron que quedarse sin sus cúpulas, ya que se decidió dejarlas más bajas por razones de seguridad (162).⁴

El pueblo —puesto en el mapa de la cultura más allá de su propia geografía— se ofrece a sus visitantes, y se trae a colación su historia que, en la piel del aún incipiente escritor jalisciense, late para hacer de su “día con día”, de sus temblores eventuales y de su festividad mayor, la vida ficcionalizada de Zapotlán el Grande: La feria. Es la fiesta de octubre a su santo patrono —San José—, son los sucesos de una población estratificada racial y socialmente, y por género también. Su infortunio histórico mayor, la lucha de los naturales del lugar —los tlayacanques— por la posesión de la tierra; su infortunio natural mayor, los terremotos, y los de La feria son modelo pendular de la tierra y la palabra; reunidos en uno solo, éste da lugar una confesión colectiva igualmente modelo de transcripción verbal, de ejemplar orquestación. Del movimiento de la tierra y del “alma arrepentida” La feria es modelo.

Me permito un paréntesis. Es martes 19 de septiembre de 2017: año del centenario de Juan Rulfo (1917-1986). Es la una de la tarde de un día que recuerda el temblor del jueves 19 de septiembre de 1985. Pocos minutos después pongo punto final a mi ponencia sobre Rulfo para un congreso en Berlín dedicado al autor de *El Llano en llamas* (1953) y de *Pedro Páramo* (1955). Se trata de “El día del derrumbe”.⁵ Cuando acabo de anotar las primeras líneas: “—Esto pasó en septiembre. No en el septiembre de este año sino en el del año pasado. ¿O fue el antepasado, Melitón? —No, fue el pasado. Tengo entendido que fue por el dieciocho”, y termino de anotar la primera línea del final: “Ora me estoy acordando que sí fue el veintiuno de septiembre el borlote...”, comienza a temblar en la Ciudad de México.

¿Pesadilla?, ¿realidad? ¿mala broma? No, está temblando.

Juan Rulfo se hace sentir con éste/su “día del derrumbe” que ocurre entre el 18 y el 21 de septiembre (¿de 1985!, ¿de 2017!). Rulfo vaticina. Arreola deja oír sus palabras: “¿Quién empuja la puerta? ¿Quién golpea en todos los vidrios como una lluvia seca? Tengo vértigo... ¡Santo

Dios! Está temblando, está temblando... ¡Está temblando! Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal... (fragmento 129 de *La feria*, 79)". Rulfo y Arreola en este “retemblar en sus centros la tierra”. Tiembla a los cien años de Juan Rulfo (2017). Tiembla en el mes de Juan José Arreola (septiembre). Tiembla en la ficción —Rulfo se adelanta— y tiembla en la realidad —Arreola recoge los temblores y los eterniza en su novela. Uno de ellos, el terremoto de Zapotlán de 1941: “Un día vulgar, el 15 de abril, cobró este año una fisonomía trágica: a las doce horas con cincuenta minutos, Zapotlán fue fuertemente sacudido de los pies a la cabeza por un terremoto” (149).⁶

Zapotlán el Grande es el espacio y el tiempo infinitos de la nostalgia; el lugar de la memoria y el olvido, la identidad de Juan José Arreola, histórica, personal y literaria. En su *Confabulario*, de 1966, apareció y para siempre su declaración “De memoria y olvido” (1966): “Yo, señores, soy de Zapotlán el Grande. Un pueblo que de tan grande nos lo hicieron Ciudad Guzmán”. Zapotlán es el Macondo de Juan José Arreola; donde descubrió el realismo mágico de los inventos, de la fotografía y el cine; lo real maravilloso de los dulces saboreados con el pan familiar de los Arreola (famosas sus hermanas); el mundo fantástico de la literatura, de la pintura, del arte. La cuna de su fidelidad por el pueblo de su infancia, por la palabra allí aprendida.

Fue centro en el “diálogo inconcluso” de Juan José Arreola, como cuando conversa con Vicente Preciado Farías, quien publica *Apuntes de Arreola en Zapotlán*.⁷ En estos (más que) apuntes, hay variaciones sobre los mismos temas, siempre interesantes en su versatilidad, y también hay “nuevos” datos históricos recreados en *La feria* (sobre el mismo lugar donde se hicieron estos apuntes a lo largo de ocho años). Por ejemplo, Arreola comenta el único proceso inquisitorial en Zapotlán en contra de Francisco de Sayavedra, dueño de la Hacienda de Cofradía del Rosario (129 y 214). Informa que Alejandrina es en realidad Doña Belén de Azárraga [...]

feminista española de la que se enamoró López Velarde” (321). Y ofrece el dato del origen de la frase con que acompaña la presencia de Alejandrina: “y pues llegas, Lucero de la tarde, tu trono alado ocupa entre nosotros” (335). Dice Arreola: “Es el final del rollo de Alejandrina —la poetisa que vende versos y cremas de belleza— en *La feria*. Es el pasaje aquel cuando el narrador (que soy yo) vuelve al hotel y Alejandrina ya se ha marchado y le deja un recadito” (335). Si en la realidad, como él dice, López Velarde estaba enamorado de la musa y el narrador de esta parte de la novela está enamorado de Alejandrina, entonces la admiración del escritor de Zapotlán por López Velarde se transforma en querer ser él mismo el poeta zacatecano (“Je suis l’autre”): poeta zapotlanense. Universales los dos.

Juan José Arreola ya no está aquí, pero una y otra vez hay que ir a su feria a *La feria*, centro de reunión de sus relatos (documentos, leyendas, sabiduría popular), de sus zigzagueos verbales (en prosa, en verso, folklore profundo y tradicional), de una itinerancia por la historia, cíclica, de altibajos, de castillos y luces de bengala, de estaciones de lluvia, de siembras y cosechas, de fracasos, aventuras, de ocurrencias; lugar de ida y vuelta marcado en la frente del autor, en los lomos y los interiores de sus libros que giran a la luz del genio de un escritor que fue festivo algunas veces a pesar de sí mismo.

Habló de las “noches privilegiadas de estrellas y de aromas” de Zapotlán. ¿Recordaría lo que Pablo Neruda dijo en su visita de 1942? Recojo lo que dijo Juan José Arreola de ese pasaje:

Pablo vio el cielo estrellado de Zapotlán, claro y bajo, y dijo nerudianamente: “Aquí las estrellas se pueden tomar con la mano, nunca había visto a las estrellas sobre los tejados, así de grandes, así de luminosas”, al escucharlo, todos nos quedamos maravillados. Luego nos dijo: “No se han dado cuenta del tesoro que tienen en estas monedas de oro”. El aliento sideral de la noche nos recibió con una lluvia de estrellas. En medio de la noche se hizo un silencio total. Caminamos como hermanos hacia el centro del pueblo, y por un momento sentí que Pablo nos había revelado el misterio poético. Lo dejamos en el hotel Zapotlán; me despedí de los amigos y caminé hacia mi casa. Al pasar por el jardín los pájaros comenzaron a cantar y vi en el cielo la nube pastora de mi pueblo, pensé por un instante en la inmortalidad (161).⁸

Arreola le confesó a Fernando del Paso: “Nací, como alguna vez lo dije, entre pollos, puercos, chivos, guajolotes, vacas, burros y caballos”.⁹ El bestiario doméstico se convirtió en su clásico *Bestiario*; la laguna de Zapotlán fue la laguna de sus ensueños. Fue palindromático, confabulador nato y pulido con sus lecturas de todos los días de su vida, “inventariador” de sus experiencias de Zapotlán y pueblos aledaños, de Guadalajara a la Ciudad de México, de México a Francia, de México recorrido con las luces de la televisión ennoblecida milagrosamente con su figura aterciopelada. Se dio por escrito y se multiplicó con la palabra oral.

Juan José Arreola siempre fue poeta: un pueblerino universal que tocó con las manos las estrellas del abecedario: de la “a” de la artesanía de su obra a la “z” de Zapotlán, donde el pájaro carpintero le cantó al oído las primeras palabras. Él fielmente las repitió.

Citas:

1. Un día después, “cambió el mundo”. El 6 de agosto de 1945 sobre Hiroshima cayó la bomba atómica. Juan José Arreola no fue ajeno a los efectos de la Segunda Guerra Mundial.
2. Juan José Arreola. *Prosa dispersa*. Ed. Orso Arreola. México: CONACULTA, 2002.
3. Juan José Arreola. *La feria* (con asteriscos de Vicente Rojo). México: Joaquín Mortiz, 1963.
4. Orso Arreola. *El último juglar. Memorias de Juan José Arreola*. México: Editorial Diana.
5. Juan Rulfo. “El día del derrumbe” en *México y la Cultura* 334 (1955): 3, 5. Con “La herencia de Matilde Arcángel”, aparece en la novena edición de *El Llano en llamas* de 1970.
6. Orso Arreola. *El último juglar*.
7. Vicente Preciado Farías. *Apuntes de Arreola en Zapotlán*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara; H. Ayuntamiento de Zapotlán, 2004.
8. Orso Arreola. *El último juglar*.
9. *Memoria y olvido. Vida de Juan José Arreola (1920-1947) contada a Fernando del Paso*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994.